

Una amistad arcádica: fray Manuel Martínez de Navarrete y Juan María Lacunza



ESTHER MARTÍNEZ LUNA

A Jorge Ruedas de la Serna, conocedor de Arcadias

I

El pasado mes de julio visité la biblioteca Benson Latin America Collection de la Universidad de Texas, en Austin, para consultar en la sala de *rare books* el archivo Genaro García. Éste resguarda importantes documentos, algunos inéditos, sobre la vida y obra de fray Manuel Martínez de Navarrete. Durante mi investigación encontré una carta escrita de su puño y letra dirigida a otro poeta de la época, Juan María Lacunza. Hasta el momento de encontrarla, no tenía conocimiento acerca de algún documento que certificara la amistad entre ambos.

A continuación transcribo la carta, que no ha sido modificada ni en su ortografía ni en su sintaxis:

S. D. Juan María de Lacunza

Res. da con atraso y comentada en 7 de septiembre de 1808.

Villa de Tula y agosto 14 de 1808

Muy S. mío y de toda mi estimación y aprecio: ya estaba V. recomendado en mi alma por sus dulcísimas producciones, cuando llegó la carta de 8 dándome un testimonio de su amor y benevolencia. ¿Cuál no habrá sido mi alegría y mi contento? No hay duda, yo la celebro muy mucho, dandome los parabienes por la nueva [carta] que me franquea mi fortuna.

Nada tiene V. que decirme de gracias por el breve rasgo en que quiero competir con el poeta Lacunza. Ya en su

anagrama reverenciaba yo el íntimo de las musas, y amado con razón de todos los sabios.

La gratitud con que se me manifiesta V. es un estímulo de la mía: por lo que podrá V. contar en mi pobrecilla persona, no solo un cap. p. seguro, sino también [con] un amigo verdadero.

Me pueden las enfermedades que V. padece: y aunque parezca demasiado en mi hacer de galeno, yo quiero ser el médico de un amigo, y recetarle que use una plantita de manca con recina de ocote, y amas de esto medias de lana a raíz del pellejo. También quiere lastimarme con el de las que yo padezco: y en efecto, desde lo más floreciente de mi juventud, hasta hoy que cuento ya cuarenta años de vida, las pesadumbres y creo que todo género de desgracias, conspiraron a quebrantar mi salud, me debilitaron el sistema nervioso, y actualmente me hallo en los brazos de la hipochondria.

Concluyamos por ahora: siempre que V. quiera favorecerme con sus cartas, no lo escuse, satisfecho en que las recibiré con estimación, y de que en todo me manifestaré un bueno, aunque desgraciado amigo de V.

Q. B. S de F. Manuel Navarrete [rúbrica]

Probablemente esta carta provoque una ligera sonrisa a un lector de finales del siglo XX, pues no advertirá en sus páginas otra cosa que el testimonio de una relación amistosa sin ninguna consecuencia para la historia de la literatura mexicana. Sin embargo, tengo la convicción de que este documento encierra elementos importantes para la comprensión de uno de los capítulos menos estudiados de nuestra cultura literaria: la Arcadia de México. Los epistolarios brindan información que nos permite configurar

nuestro mapa literario; esta carta, pese a su aparente superficialidad amistosa, no tiene por qué ser la excepción. De hecho, si leemos con atención el saludo postal que el padre Navarrete hizo llegar a Lacunza desde la Villa de Tula, estaremos en condiciones de reinterpretar algunos datos más o menos conocidos de un sector de la clase letrada de principios de siglo pasado, dentro de un escenario que nos permita comprender mejor el sistema específico de su producción literaria.

Comencemos por presentar al destinatario y al remitente. De Juan María Lacunza (?-1820) se tienen pocos datos. Fue un prolífico poeta neoclásico cuya producción fue dada a conocer en las páginas del *Diario de México* (1805-1817) bajo los seudónimos y anagramas de Batilo, Clérigo escrupuloso, JML, Launzac, Inglés Can-Azul, por mencionar sólo algunos. En los manuales de historia literaria se repite que en la obra de Lacunza “abundan las remi-

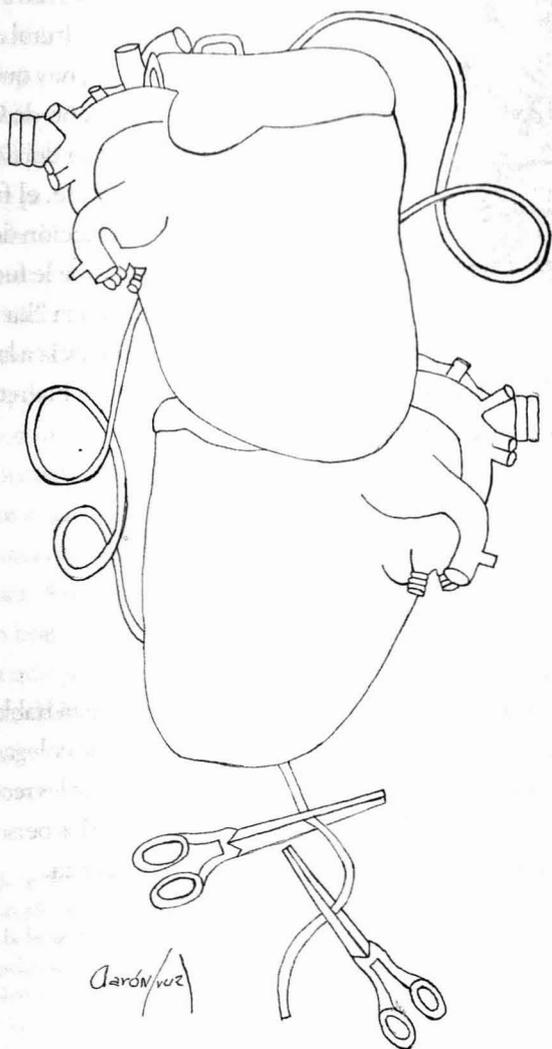
niscencias bíblicas” y se destaca el hecho de que éste escribió en verso los salmos; no obstante, hay que decir que incursionó también en la poesía satírica y amorosa, aunque apenas con decorosos resultados. Fue padre de los conocidos poetas José María y Juan Nepomuceno Lacunza, fundadores, junto con Guillermo Prieto, de la Academia de Letrán.

Por otro lado, fray Manuel Martínez de Navarrete es conocido como el poeta más importante, después de Sor Juana, de los años finales de la época colonial. Su prestigio se fincó en la publicación de su obra en las páginas del *Diario de México*. Su poesía se caracterizó sobre todo por emular la de españoles como Juan Meléndez Valdés, Nicasio Álvarez de Cienfuegos y José Cadalso, pero no fue sólo un mero imitador, pues gracias a su amplia cultura latina y a su conocimiento de la poesía castellana se configuró un carácter propio. Navarrete se encontró en un cruce de caminos, donde las ideas ilustradas comienzan a desdibujarse y las ideas románticas, a manifestarse.

A pesar de la distancia geográfica que separaba a Navarrete de Lacunza —Villa de Tula y la Ciudad de México—, estos poetas conocían la obra del otro gracias a las páginas del *Diario de México*, aunque, según la carta, no se conocían personalmente. Lacunza debió dirigirse a Navarrete mediante una carta anterior en la que le daba “un testimonio de su amor y benevolencia”. De acuerdo con el texto de Navarrete, Lacunza agradeció encarecidamente el elogio que el fraile zamorano le concedió en algún lugar. “Breve rasgo” dice Navarrete en la carta. Esto me recuerda un poema suyo dedicado a la Arcadia, cuya dedicatoria, valga la redundancia, está construida con base en los “breves rasgos” que el autor atribuye a los árcades mencionados en ese texto. Can-Azul, uno de los anagramas de Lacunza, es calificado en este poema, por parte de Navarrete, con el atributo de diestro

Y tú, Can-Azul diestro,
que la discordia espantas
al son de las cañuelas,
que te dieron las gracias.¹

¹ Los otros poetas a los que hace mención Navarrete son Juan Sánchez de la Barquera (Quebrara), Agustín Fernández de San Salvador (Mopso), Ramírez (Arezi), Mariano Barazabal (Aplicado), José Mariano Rodríguez del Castillo (JMRC), Joaquín Conde (Deoquin) y Juan de Dios Uribe (Uribe). Este poema tuvo que pasar por los ojos del censor y poeta José Manuel Sartorio, quien dictaminó: “¿Quién puede negar su aprobación a estas bellezas tan dignas de salir al público?” *Diario de México*, t. VIII, núm. 870, pp. 185-186.



Se trata del poema "La inocencia" compuesto de diez odas y una dedicatoria dividida en 16 cuartetas; en ella, como ya se mencionó, Navarrete nombra a algunos de los más destacados árcades, describiéndolos con algún adjetivo que a su modo de ver caracterizaba su poesía. Además de la destreza de Can-Azul, Navarrete hace el encomio del amable Quebrara, del delicado Mopso, el fogoso Arezi y del travieso Aplicado. El poema fue publicado en el *Diario de México* el 16 de febrero de 1808, seis meses antes de la carta que



Felipe Posadas

comento, por lo que es posible suponer que Lacunza hizo referencia a este poema en la epístola anterior que, suponemos, envió a Navarrete.

II

Navarrete apenas había dado a conocer algunos poemas en el *Diario de México* cuando ya se le preguntaba a los editores, según consta en una de las entregas de esta publicación, "por el nombre de este autor, pues al fin de ellos [los poemas] sólo se leían las iniciales FMN"; de igual manera, había interés en "saber a qué lugar de nuestro continente había tocado la dicha de servirle de patria".²

Lacunza, por su lado, era un constante promotor y difusor, junto con José Mariano Rodríguez del Castillo, de la Arcadia de México. Pese a no haber ocupado un puesto ofi-

cial dentro de esta primera asociación literaria mexicana, Lacunza invitaba a los poetas a sumarse al grupo mediante cartas y poemas publicados en el *Diario*. La admiración que este árcade sentía por Navarrete lo llevó a dedicarle su poema "La mañana de otoño", en el que son obvias las referencias poéticas al estilo del fraile y la admiración que sentía por él.

Fray Manuel Martínez de Navarrete era, "por su divino talento", el ejemplo a seguir, y por ello se le designó mayoral de la Arcadia. Parece ser que este cargo fue únicamente simbólico, ya que hasta el momento no conocemos ningún documento que permita certificar que el poeta haya estado en México hacia ese periodo cumpliendo con las tareas de dirección de una sociedad literaria que, por lo demás, parece sólo haber tenido las páginas del *Diario* como tribuna. Todo hace suponer que fray Manuel Martínez de Navarrete se atuvo a los límites de la zona cultural de la vieja Valladolid. Sin embargo, hay que señalar que por medio del empeño de Carlos María de Bustamante, editor del *Diario de México* y amigo de Navarrete, el fraile seguramente conoció la producción de sus colegas árcades y los elogios que le fueron dispensados. En la ya citada oda "La inocencia", Navarrete hace referencia a la Arcadia de México y agradece a sus miembros el buen trato con que lo han distinguido.

¿Con qué podrá mi musa,
Arcadia mexicana,
daros por tanto elogio
las más debidas gracias?

En este poema se manifiesta que el fraile está hablando con sus iguales, que se dirige a una comunidad de colegas con los que comparte el gusto por escribir y a quienes les reconoce su particular talento, a pesar de no conocerlos personalmente, como en el caso de su trato con Lacunza.

III

La Arcadia de México aglutinó a los poetas cuya obra se caracterizaba por intentar alejarse del lenguaje oscuro en

² *Diario de México*, t. II, núm. 112.

el que, según ellos, habían caído los poetas barrocos; los árcades buscaban un lenguaje claro que expresara de forma sencilla las emociones humanas y, de esa manera, pretendían restaurar lo que para ellos era el “buen gusto”. A fuerza de repetir que la Arcadia tuvo un carácter evasivo, la idea ha terminado por convencer a más de uno; sin embargo, parece olvidarse que tanto la Arcadia de Roma (1690), como la española, la francesa o la portuguesa —en mayor o menor medida— tuvieron un programa restaurador respecto a lo literario y lo lingüístico, que tenía claras conexiones con el mundo de lo político y lo social.³ Este tipo de asociaciones literarias que cruzan toda la historia de occidente no buscan ser simples lugares de evasión.

Nuestra Arcadia, por ejemplo, utilizó las páginas del *Diario* como campo de discusión de las ideas acerca del gusto y de la estética a seguir. Miembros distinguidos de esta institución literaria, como José Mariano Rodríguez del Castillo y Mariano Barazabal polemizaron respecto a la forma como se debía escribir poesía. Pero sobre todo, el interés de los miembros de la Arcadia era demostrar que en América se producían obras de calidad a la altura de las de Europa. Su propósito era buscar el reconocimiento y respeto, no sólo en México y América, sino en el extranjero, y propagar así una imagen de los talentos con los que contaba este continente. En este afán de ir consolidando un carácter propio en la poesía, los poetas del *Diario* utilizaban palabras como jacal, manta, petate, pulque, cenizote o menudeaban en sus textos referencias a la fauna mexicana: zopilotes, guajolotes, loros, etcétera. La idea de Lacunza respecto al arte, que seguramente debió ser la de Navarrete, consistía en que la poesía debía sujetarse conscientemente a las reglas fundadas en la poética y la preceptiva clásica, con el propósito de lograr el reconocimiento del exterior. Así, Juan María Lacunza valoraba los atributos que como poeta tenía Meléndez Valdés, a quien, a su juicio, había que emular, a pesar de que “en su epístola al canónigo Cándamo nos trató nada menos que de bárbaros, rudos, salvajes, etcétera. Error que sólo es disculpable en el ningún conocimiento que tenía de los sublimes Tagles, Sar-

torios, Barqueras y otros mil”.⁴ El mismo Lacunza, en su poema “A la Arcadia mexicana”, después de la muerte del fraile Navarrete (Nemoroso), instaba a los árcades José Victoriano Villaseñor (Delio) y Juan José de Guido (Guido), todos ellos destacados representantes de esta asociación, a

Pedíles que en el Diario nunca falten sus poéticos rasgos, que honra siendo del mexicano país, causan hermosas, la envidia y confusión del extranjero. Que a su pesar confiesa, que si Europa ha producido sabios en su seno, la América no cede en esto a nadie, cuyos hijos compitan con aquéllos.

Es más que clara la postura reivindicadora y militante del árcade Lacunza: su intención va más allá de escribir sobre pastorcitos, corderitos u ovejitas heridas como comúnmente se identifica a los poetas que pertenecieron a la Arcadia. Estos propósitos debieron ser el marco de la comunicación epistolar entre José María Lacunza y Manuel Martínez de Navarrete, más allá “de las medias de lana a raíz del pellejo”. ♦

⁴ *Diario de México*, t. XIV, núm. 1966, pp. 201-204.



Angélica Carrasco

³ Jorge Ruedas de la Serna nos dice al respecto “El propósito mayor de la Arcadia era, como lo dice de manera manifiesta su fundador, ‘restaurar’ la lengua y la poesía portuguesa, lo que implícitamente, significaba restaurar la dignidad de la nación, ... restaurar el buen gusto, es decir, acabar con los excesos a que había llegado el barroco, de regresar a la lección de los clásicos griegos y latinos, de restablecer la claridad y la economía en la expresión literaria, de evitar las efusiones del sentimiento que le restan fuerza y brillo a la razón”, en *Arcadia Portuguesa*, CNCA, p. 31.